

Turismo funerario en México: el Museo Panteón de San Fernando

Aura Pamela Gómez López
Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM

RESUMEN

La actitud del mexicano referente a la muerte es sujeta de fascinación por parte de propios y extraños; es así como la fiesta de la muerte ha tenido una transformación que ha dado lugar a un nuevo concepto denominado turismo funerario. Éste es derivado del turismo cultural, que busca ser una experiencia en la que se reconozcan las tradiciones y costumbres de las comunidades mediante el conocimiento de la cultura local. Ante la necesidad de hacer del turismo una fuente de ingresos para el mercado nacional, se pretende regular esta práctica otorgando el carácter de “panteón museo” a aquellos recintos que, ya sea por su arquitectura, historia o por albergar las tumbas de hombres y mujeres reconocidos en distintos ámbitos, se llenan cada año con turistas que encuentran en éstos una aproximación a la festividad de Día de Muertos y a la historia de México.

Palabras clave: turismo, tradiciones, funerario, museo, panteón, arquitectura.

ABSTRACT

Mexican attitudes concerning death are a subject of fascination to all, locals and foreigners alike; this is how the celebration of death has undergone a transformation that has led to a new concept known as funeral tourism. It is derived from cultural tourism that seeks to be an experience that recognizes community traditions and customs through recognition of local culture. Given the need to promote tourism as a source of income for the domestic market, the idea is to regulate the practice by granting the status of Cemetery Museum to those locations, whether for their architecture, history, or for containing the graves of outstanding men and women in different fields, that every year are filled with tourists interested in gaining an understanding of the Day of the Dead celebration and the history of Mexico.

Keywords: tourism, traditions, funerals, museum, cemetery, architecture.

El turismo es una práctica que se ha llevado a cabo por años. Si bien los autores que abordan el tema difieren en la fecha de inicio de las actividades turísticas, lo cierto es que se han desarrollado a lo largo de la historia del ser humano: se puede señalar que el turismo surgió ante la curiosidad e interés por las costumbres, leyendas, tradiciones e historias de los pueblos y su cultura (Zorrilla, 2010). Su definición se propuso en el siglo XIX, la cual se ha transformado junto con el propio turismo. Un concepto actual propone que no sólo se trata de una actividad económica, sino de aquellas relaciones que se construyen a partir del tránsito de personas que satisfacen sus motivaciones con los viajes y desarrollan intereses respecto a la cultura del lugar que visitan. De acuerdo con la definición de Miguel Ángel Acerenza (1991):

El turismo es un fenómeno social de carácter complejo, que puede ser interpretado de distintas formas, según sea la función que, en un momento dado, tengan las personas relacionadas con él. Pero independientemente del punto de vista particular que puedan tener los diferentes sectores dedicados a esta actividad, el turismo, desde el punto de vista conceptual, no es sino un conjunto de relaciones y fenómenos producidos por el desplazamiento y permanencia de personas fuera de su lugar normal de domicilio, motivadas fundamentalmente por una actividad no lucrativa. El turismo es, por consiguiente, una forma particular del uso del tiempo libre, y una forma especial de recreación y no incluye, por tanto, todas las formas de uso que puede hacer el hombre de su tiempo libre ni todas las formas posibles de recreación. Es, esencialmente, una actividad relacionada con la educación, el placer, el descanso y la recreación, aunque puede estar relacionado, también, con algún otro tipo de actividad [...] En la práctica, y para determinados propósitos, el turismo puede ser clasificado de diversas formas, cada una de ellas orientada a una necesidad específica e, incluso, puede ser identificado en función de más de una de sus características.

De esta forma el turismo se diversificó a lo largo del tiempo. Entre sus múltiples vertientes encontramos el religioso, gastronómico, histórico y el que da el nombre a este trabajo: turismo cultural, cuyos inicios se remontan a los viajes realizados en el *Grand Tour*¹ alrededor del siglo XVI. Éstos eran el referente más aproximado a la cultura, en especial el arte, y atraían a gran cantidad de viajeros. Así, el patrimonio acumulado de siglos anteriores sería objeto de admiración en tanto a su valor para la reivindicación de las glorias del pasado.

¹ Se denominaba así a los viajes realizados por jóvenes de familias acaudaladas que recorrían Europa para observar y aprender sobre cultura. Durante estos viajes no faltaban los destinos en Francia e Italia.

Sin embargo, el turismo cultural de siglos anteriores se limitaba a la conservación de la individualidad del patrimonio admirado; es decir, el entorno donde se encontraba carecía de conservación y restauración. En la medida que las sociedades comenzaron a percibir que este patrimonio es parte de su historia se les otorgó un valor dentro del mercado turístico.

Con base en lo anterior, el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS, por sus siglas en inglés) define el turismo cultural como aquella forma de “turismo que tiene por objeto, entre otros fines, el conocimiento de monumentos y sitios históricos-artísticos. Ejerce un efecto realmente positivo sobre éstos en tanto y cuanto contribuye —para satisfacer sus propios fines— a su mantenimiento y protección”.

Turismo funerario

Adscrito al turismo cultural, y con base en la conservación del entorno donde se encuentran los monumentos históricos, en el siglo XIX se originó el turismo funerario. La herencia artística impregnó la construcción de cementerios que ya no serían lúgubres, sino museos al aire libre donde los muertos hallaban descanso rodeados de belleza arquitectónica.

Como señala Ferrer (2003), ese siglo fue el de los cementerios, al vencer el temor a la muerte y domesticarla.

La majestuosidad de los mausoleos, esculturas angelicales y grandes capillas no pasaron inadvertidas para los turistas que visitaban el continente europeo, donde ocurrió la explosión de este arte funerario; además, ser enterrado en estos lugares se traducía en un elevado estatus social tras la muerte e incluso las figuras notables de la época escogieron estos bellos sitios como última morada.

En Francia, el cementerio de Montparnasse acogió a Porfirio Díaz, Jean-Paul Sartre y, recientemente, a Carlos Fuentes, y el del Père Lachaise se convirtió en la última morada, por ejemplo, de María Callas, Jim Morrison y Oscar Wilde, cuya tumba, según documentan fotografías añadidas a sitios de internet sobre viajes, se encontraba llena de lápiz labial de admiradores que le profesaban su afecto.

No sólo en Europa ocurrió este fenómeno que contribuía a embellecer los sitios de la muerte. De manera inevitable, países de América Latina como Perú y Argentina copiaron el estilo de los cementerios parisienses, al igual que México, donde se siguió el canon del arte funerario del viejo continente.

El panteón de San Fernando

El panteón de San Fernando, cuya construcción se llevó a cabo en el siglo XVIII, fue en principio reservado a la congregación fernandina; sin embargo, en otras iglesias construidas en la ciudad los atrios se utilizaban como panteones donde, al igual que en los cementerios europeos, existía una jerarquización del espacio. Ante las epidemias que azotaban la ciudad, los entierros en los atrios comenzaron a ser evitados, y a causa del reducido espacio que San Fernando ocupaba, éste no se convirtió en un cementerio general, sino en uno donde reposarían los restos de personajes notables. Se trata de un panteón pequeño, con una pared con nichos cuya singularidad reside en los epitafios que denotan el lugar de procedencia del fallecido y su rango en la sociedad. Existe también una zona dedicada a niños fallecidos.

Se observan tumbas con un halo antiguo y la visible herencia del romanticismo, si bien la mayoría de las lápidas y esculturas son de una belleza austera. Aun así el panteón de San Fernando quedó casi en el olvido por algún tiempo, engullido por la urbanización de la ciudad. Su historia cuenta con un sinnúmero de cédulas, permisos y decretos donde figura el año de 1832 como la fecha de su inauguración, en la categoría de panteón público. Por su ubicación, y debido al cuidado con que se mantenía, pronto se convirtió en un lugar adonde se quería pertenecer al final de la vida: “En el mismo sentido de establecer una regulación, en marzo de 1883 se expidió el reglamento de panteones, que limitaba la actividad de los cementerios del centro de la ciudad de México e incluso su reducción al practicarse la exhumación de restos mortuorios. Estos procedimientos de control continuaron durante el Porfiriato, con la construcción del panteón de San Fernando o de los Hombres Ilustres” (Zarauz, 2004: 125).

San Fernando alberga a personajes sobresalientes de su época de mayor gloria. Alberga, por ejemplo, las tumbas de Ignacio Comonfort, Sebastián Lerdo de Tejada, Melchor Ocampo, Manuel María Lombardini y Miguel Miramón, entre otros. Sin embargo, fue también ceñido a las Leyes de Secularización, por lo que en 1871 se clausuró, si bien en 1872 se reabrió para recibir, en un hecho irónico, al considerado más ilustre de sus huéspedes: Benito Juárez.

Conversión en museo

Pese al franco deterioro en que se encontraba el cementerio, en 1936 se le declaró monumento histórico, lo cual fue ratificado años después por el INAH conforme a las leyes

vigentes en la materia, pues se trata de un lugar vinculado con la historia de México. Como señala Ceja (2008: 146), a pesar de esta denominación, el panteón de San Fernando cayó en la trampa del olvido y por lo general sólo se recordaba su existencia en los aniversarios luctuosos de los personajes allí enterrados o en fechas clave para la historia nacional. Acaso también influyó el hecho de que varios de los personajes que en un principio descansaban allí fueron exhumados y trasladados a otros sitios –como el de Miramón, cuya viuda, según relata Villalpando, envió sus restos a Puebla, así como el de Vicente Guerrero–. Otra de las causas que tal vez redujo la atención hacia el sitio fue que, por la zona donde se asienta, en la colonia Guerrero, se trataba de un lugar donde sus visitantes podían sufrir algún delito.

No fue hasta 2006 cuando, en un esfuerzo para comenzar a recuperar el interés en sitios históricos, se pronunció un acuerdo en la *Gaceta Oficial* del Distrito Federal para establecer que, “por el diseño arquitectónico de sus construcciones y la belleza de las esculturas que adornan tumbas y nichos y su relevancia para la historia de nuestro país, se crea el Museo Panteón de San Fernando”.

Desde esa fecha el sitio se adscribió a la Secretaría de Cultura del Distrito Federal, y en el esfuerzo por mantener vivo el espíritu histórico del lugar se ha incluido a la entrada una pequeña descripción del cementerio, seguida de un croquis con el orden de las tumbas de los personajes célebres allí sepultados.

Cada año se monta una ofrenda de Día de Muertos. Si bien ésta no cuenta con las características de una ofrenda tradicional, pues se trata de representaciones coloridas de calaveras y esqueletos, atrae a cientos de visitantes desde los últimos días de octubre hasta mediados de noviembre. También ha sido incluido dentro de la “Noche de Museos”, cuando se abre durante algunas horas más para ofrecer visitas guiadas, además de que ha sido sede de funciones del festival de cine Macabro.

De este modo el cementerio de San Fernando es parte de un turismo funerario que, presumo, puede estar en vías de desarrollo no sólo como un valor agregado al turismo cultural, sino también como motivo para el conocimiento de la historia y el arte en espacios al aire libre. México tiene camposantos célebres como el de Dolores y su Rotonda de los Hombres Ilustres, el de Belén y el Tepeyac, los cuales, mediante una restauración espacial y la documentación de su historia, enriquecerían la cultura actual.

Sin duda el Museo Panteón de San Fernando merece un estudio e investigación más completos que reactiven el interés por sitios que constituyan una remembranza del pasado. El turismo cultural, en especial el funerario, deben motivarse por un interés especial en el patrimonio y dejar de ser parte de visitas fugaces, a fin de convertirse en un bien turístico que se promoció en los itinerarios de los viajeros.

También es menester que, como habitantes de la ciudad, reconozcamos la valía de estos cementerios como sitios donde es posible reconstruir la historia. El desarrollo del turismo funerario en México se puede llevar a cabo mientras existan investigaciones donde se vaya a la raíz del porqué de la construcción de los mismos, pues el negocio de la muerte, en varios aspectos, es una actividad económica rentable.

A la postre, como reza el dicho: “Menos malo es mortuorio que casorio”.

Bibliografía

ACERENZA, Miguel Ángel, *Administración del turismo, conceptualización y organización*, México, Trillas, 1991.

CEJA PÉREZ, Héctor, “Siglos de historia y olvido: el panteón de San Fernando”, tesis de licenciatura, FES Acatlán-UNAM, 2008.

DÍAZ GARCÍA, Salvador, *El panteón de Belén: historia, arquitectura e iconología*, México, Secretaría de Cultura de Jalisco, 2002.

FERRER, Eulalio, *El lenguaje de la inmortalidad. Pompas fúnebres*, México, FCE, 2003.

RIBAGORDA SERRANO, Miguel, *Patrimonio cultural*, Madrid, Thomson, 2002.

VILLALPANDO, José Manuel y Alejandro ROSAS, *Muertes históricas*, México, Planeta, 2008.

ZARAUZ LÓPEZ, Héctor, *La fiesta de la muerte*, México, Conaculta, 2004.

ZORRILLA, Alejandra, *El tiempo y el espacio del turismo cultural*, México, Conaculta, 2010.